

ALGO SOBRE CULTURA UNIVERSITARIA

Con cierta frecuencia escucho como mis colegas, y yo mismo incluso, apelamos al término “cultura universitaria” para referirnos a situaciones que sólo tienen en común la radicalidad de su diferencia. Si en algo coinciden estos usos es en que, sus referentes, no se parecen, es decir, podemos estar hablando de las situaciones más diferentes las cuales englobamos, sin ningún esfuerzo, en un término ampliamente polisémico. Resumo la variedad de ideas, de definiciones, que he oído al respecto, así cultura universitaria es “la capacidad de abordar productos universitarios de variada índole”; o, una más ágil no por ello menos simplista, “el espacio donde convergen docentes y alumnos interrelacionándose de tal manera que, del fruto de esta confluencia, surge la cultura universitaria”; alguna vez escuché una que declaraba el hecho con un matiz monacal “este fenómeno se materializa en la atmósfera particular que habita los enclaves específicos donde cuaja lo académico, las aulas, las facultades, etc.”; otras versiones menos materialistas, más idealistas, apelan a la sublimación del término y postulan una noción enigmática que versa sobre “un *espíritu* inmanente que aflora en los signos de la convivencia universitaria”, noción ésta que por su vaguedad no atisbo a comprender ni imaginar en su totalidad. Hay más interpretaciones pero, por no extenderme en demasía, refiero una última que por su desenfadada practicidad, o por su despreocupado facilismo, me estremeció, alguien me dijo al referirle esta preocupación y enumerarle algunos conceptos, que: “cultura universitaria es todo lo anterior que ya nombraste y más...”

El grado de ambigüedad que posee el término es, sin duda, una herencia. La palabra *Cultura*, sin el apellido “universitaria”, ha generado ríos de tinta. Por ser una voz con un extenso rango de uso sufre un tratamiento indiscriminado de sus significaciones, las cuales, en el día a día, en el uso común, no presentan problemas en referencia a sus posibles interpretaciones. Sin embargo, cuando cambiamos de entorno, cuando su alcance debe debatirse en los ámbitos del saber académico, la situación es otra porque esa ligereza terminológica no es adecuada para discernir las vicisitudes del conocimiento.

La reflexión filosófica da, en el presente, a la noción de cultura y a la realidad que ella representa una ambigüedad que nunca antes había

poseído. Ello ocurre desde el resurgir de la modernidad, es decir, el problema se inicia con el período que la historia conoce como la Ilustración. Porque es en ella cuando el hombre toma centralidad dentro del proceso histórico, cuando, despojándose de las ataduras de la divinidad, llega a concebirse a sí mismo como “humanidad”, lo cual hace apoyado en visiones de la realidad que parten del hecho cultural. No cabe duda entonces, que estamos en presencia de un vocablo que parece encadenar la historia de las ideas en un debate continuo y enriquecedor del pensamiento, capaz de reabrir indefinidamente la reflexión sobre del ser humano.

A mediados del siglo XVII, Johann Gottfried Herder definió *Kultur* (Cultura), en oposición a Civilización. La civilización designa “lo social”, algo que se expresa en el buen juicio en las buenas maneras, pero también la civilización es un cuerpo abstracto, alienado, fragmentado, mecánico, que en su utilitarismo depende de la creencia en el progreso material. Por el contrario, para Herder, *Kultur* es “el alma de un pueblo, el flujo de energía moral que da cohesión a una sociedad”. La cultura forma parte de la lengua, el arte, la religión, la historia y ella está presente hasta en el acontecimiento más insignificante, por lo tanto, es algo tan extraordinario, espiritual, crítico y elevado que se opone a la idea de sociabilidad, del “estar bien”, de la civilización.

Para el crítico Raymond Williams, es este quiebre entre civilización y cultura (antes eran entendidos como sinónimos), el primer momento en la complejidad que va a ceñir al concepto de cultura. Una segunda línea surge a raíz de lo que conocemos como el Idealismo Alemán. Así desde Kant, que proponía una emancipación de la subjetividad y, posteriormente, figuras como Schelling, Schiller, Fichte, Hölderlin y, sobremanera, Hegel, se llega a proponer que el ser de la subjetividad debe ser “culturalmente” formado, por lo tanto el sujeto actúa conforme a ideales que aprehende desde su situación cultural concreta, desde su vida intersubjetiva comunitaria, entonces, sin lugar a dudas, la cultura es condición y medio para la realización de la subjetividad del individuo. Es por ello que desde los idealistas alemanes en adelante el concepto de cultura adopta su significado moderno como una forma particular de vida, visión de la cual ha partido la Antropología para construir todo su discurso científico. Un tercer momento surge, dice Williams, en la postmodernidad, la cual estatuye a la cultura como la afirmación de la existencia de una pluralidad de formas de vidas, lo que va a desembocar en un relativismo cultural. Así pues, el hoy, nos entrega una descomposición de la idea de cultura que va guiada por la noción de pluralidad. Si su finalidad es abarcar una enorme disparidad

de identidades, también es cierto que, desde allí, se puede llegar a extremos dudosos de dignidad en cuanto a que la apelación a la cultura puede ser tratada de forma anárquica. Así hablamos de una cultura del crimen, de la cultura del alcoholismo, la cultura del racismo, la cultura de la pobreza, etc., lo que complica y enmaraña en grado superlativo nuestras certezas, dejándonos en un limbo donde todo vale y nada parece ser determinante cuando de cultura se trata.

He de dejar, sin embargo, el sumergirme en las tendencias y complejidades histórico-epistemológicas del término (que hay más y con una variada densidad argumental), para céntrame en la motivación que dio pie a estas líneas: la cultura universitaria.

Existe una tendencia en la historia de la ideas que parece no tener el peso filosófico de las corrientes antes tratadas, pero que genera una visión sobre la cultura que llega hasta nuestros días. Es la que encabeza Wilhelm Von Humboldt (hermano del naturalista y explorador Alexander von Humboldt, conocido ampliamente en Venezuela por sus trabajos y exploraciones realizados aquí a comienzos del siglo XIX); Wilhelm se convierte en uno de los eruditos de mayor y más perdurable influencia en la concepción de la noción de cultura, se le considera el padre de la universidad moderna por el giro académico que le imprime a la Universidad de Berlín, la cual funda junto a otros intelectuales, pero su desempeño también cubre actividades políticas pues trabajó activamente en la reforma del sistema educativo y en la diplomacia de su nación. La visión que él aporta se opone diametralmente a la de Herder, pues parte del hecho de que cultura no significa crecimiento natural, lo que viene con el “pueblo” sino, por el contrario, la cultura es “cultivo” (*colere* en su raíz latina). Esta es una noción que entiende a la cultura como la facultad de una elite educada que, para llegar a su concreción, precisa de inteligencia y estudio. En otras palabras, no todos poseen cultura porque no todos disponen del ocio, la inclinación o la capacidad para aprender los elementos indispensables para ser una persona cultivada.

Luego de siglos es evidente que ha corrido mucho agua bajo los puentes. Esta manera de entender la cultura puede resonarnos excluyente y elitista en momentos en que la cultura, como dijimos antes cuando tocamos el postmodernismo, ya puede significar cualquier cosa. Sin embargo, si aplicamos los términos de W. von Humboldt exclusivamente al ámbito universitario me parece que entonces se despeja ese barullo que traté al inicio de estas líneas. Aún más, creo que en el remolino de mezclas e interpolaciones anárquicas, de todo pelo, que ha sufrido la universidad venezolana, el sentido de excelencia que subyace en

la noción de Humboldt se presenta como redentora, permite hallar la guía para reflotar su talante académico sumergido entre tantos vicios y extravíos: la neurosis política, los torvos intereses personales o los de clanes de truhanes que han desfalcado las arcas universitarias en ejercicios deshonestos, los mecanismos burocráticos que han desviado su finalidad enrareciendo el clima universitario hasta el punto de dudar, de confundir y ya no saber reconocer cuál es el designio de una “cultura universitaria.”

Para W. von Humboldt el fin de una universidad es proteger y acrecentar el legado cultural, así como transmitirlo a la generación siguiente. Tal claridad deslumbra en tiempos de borrascas. Las equivocaciones de los universitarios son válidas siempre que haya un afán de aminorarlas y hacer de la reparación de sus errores una práctica habitual, una rutina hacia lo perfectible. Si entendemos para qué estamos hechos, para qué se funda el saber universitario, entonces lo que era duda se trastoca en afirmación, en deber constructor, la cultura universitaria es, en términos de grandeza, la tarea que preserva los más altos valores de la humanidad.

José J. Quintero Delgado.